

ma: Provenzano Salvani y Farinata degli Uberti. El primero fue toda su vida lo que Farinata había sido hasta entonces en Florencia, el estandarte vivo de su ciudad. Simple ciudadano fue, sin embargo, jefe reconocido de los sieneses, así en los consejos como en los combates.

Provenzano y Farinata pensaron en el medio de sostener aquella tan desigual lucha y recurrieron á Mainfroi, hijo de Federico, el rey de Nápoles. Mainfroi les escribió el 11 de agosto de 1259 una carta que aun se conserva, anunciándoles la expedición de un ejército capaz de levantar la fortuna de los gibelinos. Pero solo envió cien ginetes alemanes que no llegaron á la ciudad hasta diciembre. Este mezquino refuerzo que parecía mas bien una irrisión, desanimó á los menos fuertes; pero Farinata que había tomado ya su partido, procuró alentarlos diciéndoles: «Tenemos el estandarte del rey y esto basta para que nos envíen todos los soldados que necesitemos, sin que tengamos que pedirselos.» Y como los florentinos estrechaban la ciudad, hizo beber de firme á los tudescos y los lanzó contra los sitiadores. Los alemanes, que eran buenos soldados, y escitados además por el vino, cargaron tan rudamente á los güelfos que no esperaban el choque, que estuvieron por levantar el sitio. Pero luego que pudieron contar á los agresores y volver de su sorpresa, cambió la escena bruscamente, los alemanes quedaron todos fuera de combate, muertos ó prisioneros, y el estandarte de Mainfroi fue arrastrado por el lodo.

El artificio de Farinata obtuvo el resultado que se prometió, pues en julio de 1260, ochocientos ginetes alemanes entraban en la ciudad al mando del conde Giordano Lancia d'Angalone, primo de Mainfroi. Pisa enviaba también sus soldados, es decir, sus ciudadanos y muy luego las fuerzas gibelinas, reunidas en Siena, llegaron á nueve mil ginetes y diez y ocho mil quinientos infantes.

Todas estas tropas fueron á poner sitio á Montalcino con el fin de atraer allí al enemigo. Pero los florentinos no se movieron, lo que empeoraba cada vez mas la posición de los gibelinos que no podían por mas tiempo entretener á la caballería alemana. Era preciso dar una batalla á toda costa y sin retardo, so pena de ver disolverse el ejército; y se apeló de nuevo á la astucia. Dos monges, aleccionados por Farinata, fueron con gran misterio á ver á los magistrados de Florencia diciendo que iban enviados por los sieneses descontentos de la autoridad que Provenzano Salvani se arrogaba en los negocios de la república y resueltos á acabar de una vez. Los emisarios añadían que si los florentinos, bajo pretexto de socorrer á Montalcino, se acercaban á Siena, se les abriría una de las puertas de la ciudad. La proposición fue desgraciadamente aceptada. El pueblo

de Florencia se levantó en masa; enviáronse mensajeros á las ciudades güelfas de Toscana, á Bolonia, á Perugia, á Orvieto, treinta y tres mil combatientes, florentinos y aliados, se agruparon en rededor del Carroccio. Este ejército se puso en marcha lleno de entusiasmo y seguro de la victoria se detuvo el 2 de setiembre cerca de Monte-Aperti á poca distancia de la ciudad amenazada. Desde allí se intimó el día siguiente la rendición á los sieneses, exigiéndoles que ellos mismos abrieran la brecha en la muralla para dar paso á los vencedores.

Los sieneses, después de haber solicitado el auxilio de la Virgen con penitencias públicas salieron de la ciudad al ponerse el sol y marcharon sobre Monte-Aperti. El día siguiente, 4 de setiembre de 1260, los dos ejércitos se encontraron en aquel campo maldito. El combate fue de los mas encarnizados: de su éxito dependía la suerte de toda Toscana. La victoria estaba aun indecisa, cuando Bocca degli Abati, gibelino que combatía con las armas de los güelfos, le cortó de un sablazo la mano á Jacopo de Pazzi que llevaba la enseña de la caballería. La caída del estandarte y la evidencia de la traición, pusieron en desorden á la caballería que replegándose contra la infantería, llevó el espanto y la confusión á todo el ejército. Desde entonces aquello no fue ya batalla, si no la mas espantosa carnicería. Todo el ejército de los güelfos quedó fuera de combate con diez mil muertos y el resto heridos ó prisioneros.

Acabo de atravesar en el wagon este triste campo de batalla: en vano he buscado en él una casa, un árbol una espiga, un tallo de yerba: es un páramo accidentado de montecillos cónicos de un blanco azulado que hiere la vista. Diríase que la maldición de Dios pesa sobre este rincón de tierra.

El 5 de setiembre los gibelinos hacían su entrada triunfal en Siena, saludados por el sonido de todas las campanas. El enviado que la antevíspera había ido á intimar la rendición sentado al revés en un asno arrastraba por el lodo el pendón de Florencia. Venía después la turba de los prisioneros con el *carroccio*, que también había caído, á pesar del valor desesperado de sus defensores, en manos de sus enemigos.

Mientras que en Siena se celebraba por dos días consecutivos una victoria tan inesperada, el pequeño número de fugitivos llevaba á Florencia y á las ciudades güelfas la triste nueva de tan gran derrota. La desolación de Florencia fue extrema, y sin esperar la llegada de los vencedores, los ciudadanos abandonaron sus casas y fueron á refugiarse en Luca.

La batalla de Monte-Aperti invertía bruscamente la situación de las dos facciones en Toscana, que abría todas sus ciudades á los gibelinos, los cuales no te-

nían la víspera mas que á Siena y á Pisa, y no dejaba á los güelfos mas que Luca. La misma Florencia el centro glorioso y potente de la demoracia hubiera sido arrasada por el odio de los gibelinos, á no oponerse Farinata degli Uberti, diciendo que la ciudad que la había visto nacer no podía morir á sus manos.

Pero la dominación gibelina no debía durar mucho tiempo. Ya desde el año 1263 Urbano-IV había llamado contra Mainfroi á Carlos de Anjou, que habiendo venido á Roma, recibía el 6 de enero en nombre de Clemente IV la corona de Sicilia. El Padre Santo daba lo que en verdad no le pertenecía; pero el conde de Anjou tenía mucha gana de ser rey para hacer escrúpulos.

Cincuenta días después del coronamiento de su dichoso rival, Mainfroi abandonado de los suyos moría como verdadero rey en el campo de batalla. La de Benevento tuvo su contratiempo en Toscana. Carlos de Anjou envió á Gay de Montfort, su vicario, con 800 ginetes y desde Florencia hasta la última aldea, los gibelinos emprendían otra vez después de seis años el camino del destierro, dejando para siempre el gobierno á los güelfos.

Siena quedaba, pues, esta vez mas sola con Pisa para sostener la causa de los vencidos. El valor de este gran pueblo se aumentaba en el infortunio, la ciudad abrió sus puertas á los *fuorusciti* de Florencia como en 1258 y contuvo por espacio de seis meses bajo los muros de Poggibonsi las armas del victorioso Carlos.

Entre tanto los gibelinos iban á buscar en el viejo castillo de Hohen-Schwangan aquel joven y desgraciado Conradino de Souabe que representaba desde entonces su última esperanza. Le llevaban dinero, le hacían promesas y lo escitaban á bajar á Italia para reivindicar sus derechos contra la usurpación de Carlos.

Cuando se supo que Conradino había pasado los Alpes y que los pisanos lo habían conducido á su ciudad en sus galeras, la alegría de los sieneses no conoció límites. Imagínese con qué frenesí de entusiasmo debieron recibirlo, cuando este joven rey en cuya persona veían resucitar el principio muerto en Benevento hizo su entrada en Siena. Bello, valiente y poeta, niño aun y ya tan desgraciado, huérfano, maldecido por la iglesia desde su infancia, aquel último vástago de los Souabes, que venía á reconquistar su herencia, tenía demasiada nobleza en su desgracia para no fascinar irresistiblemente á aquel pueblo tan impresionable á todo lo bello y generoso.

Al mismo tiempo y para reforzar mas su esperanza entraban en la ciudad los prisioneros hechos por su gente en un encuentro que habían tenido con un mariscal de Carlos sorprendido por ellos y batido en

su marcha sobre Arezzo. También llegaban buenas noticias del Mediodía. Sicilia se levantaba en favor de Conradino y las galeras pisanas, después de haber estado para tomar á Nápoles, habían batido en las aguas de Sicilia á la escuadra provenzal.

Todo esto era un feliz preludio de la guerra que se iba á emprender. Así, pues, Conradino partía de Siena para Roma lleno de confianza y casi en triunfo.

Sabiendo que el papa estaba oculto en Viterbo quiso pasar por esta ciudad y la atravesó coronado de flores él y los suyos. Aquella Roma en que Clemente no se hubiera atrevido á entrar, salió á recibir al excomulgado y lo condujo con aclamaciones de bienvenida al Capitolio.

Desde allí, habiendo reunido á los pisanos, á los romanos y á todos los gibelinos de Italia, Conradino marchaba sobre Nápoles con diez mil caballos y gran fuerza de infantería, cuando al entrar en el estrecho valle de Palenta encontró repentinamente al ejército de Carlos.

El 23 de agosto de 1268 se libró esta batalla que ganada primero por los gibelinos, acabó por su derrota completa. Su joven caudillo, que después de pelear bravamente se alegraba ya de su victoria, tuvo apenas tiempo para salvarse.

Desde el mismo campo de batalla, en medio de los muertos y heridos, el hermano de San Luis escribía al papa. «Te anuncio, oh clementísimo Padre, la mayor alegría, para tí y para nuestra Santa Madre Iglesia. Levantate, santísimo Padre; ven y come y COME DE LA CAZA QUE TU HIJO TE HA PREPARADO.» (1) Y el buen Clemente exclamaba en la Santa iglesia de Viterbo: «Acudid, acudid, oh fieles; perseguid á los enemigos de la Santa iglesia, que han sido vencidos y se salvan.»

Todo el mundo conoce el desenlace de la historia de Conradino, el episodio mas trágico de la edad media. Prendido en el castillo de Asture y entregado por su alcaide Frangipani en manos del usurpador, que lo llevó á Roma y desde allí á Nápoles, aquel desdichado joven hubo de sufrir el último ultraje de un proceso. Todos los jurisperitos convocados se pronunciaron por su inocencia, escepto uno de Provenza que pidió su muerte; y Carlos, siguiendo á lo que se dice los consejos del papa, se atuvo á este solo voto, desestimando todos los otros. El 29 de octubre, en la plaza del mercado de Nápoles, á vista de Carlos, que desde una torre asistía al espectáculo, la cabeza de Conradino vestido de púrpura por escarnio, rodó por el cadalso.

Aquel asesinato levantó un grito de horror en toda la cristiandad. Los poetas alemanes, los trovadores provenzales y españoles se hicieron eco del dolor po-

(1) *Karoli Reg. ad Clem. IV., epist. 690. MARTENNE, Thesau. Anecd., tit. II, pág. 623.*



pular, y los cronistas franceses no ocultaron su indignación.

Imagínese el efecto que produciría en Pisa y en Siena la inesperada nueva de la derrota del ejército y la del suplicio de Conradino. Pero Provenzani, á quien este gran revés no habia del todo aterrado estaba allí para reanimar los espíritus desfallecidos. Reuniendo los restos escapados de la derrota, logró poner en pie de guerra otro nuevo ejército de mil cuatrocientos ginetes y ocho mil infantes, con los cuales en junio de 1269 se presentó bajo los muros de Colle, castillo de los florentinos, provocando así á los güelfos victoriosos. Estos no dejaron de aceptar



Santa Catalina de Siena.

nos. (1) Así, después de diez años de lucha, Siena abría otra vez sus puertas á los vencidos de Monte-Aperti. Una vez entrados los güelfos, espulsaron á los gibelinos y arrasaron sus casas, á pesar de la fe jurada. Carlos habia dado orden de tratar á los rebeldes con la mayor dureza, y fue obedecido estrictamente (2). Una ley de 1277 declaró inhábiles para la suprema magistratura, no solo á los nobles sino también al pueblo; reservando el gobierno á los buenos y leales comerciantes afectos al partido güelfo. De

(1) 11 de junio de 1289. El Dante, joven de veinte y cuatro años entonces, combatió este día en las filas de los güelfos de Florencia. El obispo Arezzo, gran guerrero, como dice un cronista de su tiempo, conducía á los gibelinos al combate y quedó en el campo de batalla.

(2) *Ribelles quam durius poteris aggravetis*, escribía á los sieneses en un diploma que puede verse aun en los archivos de Florencia.

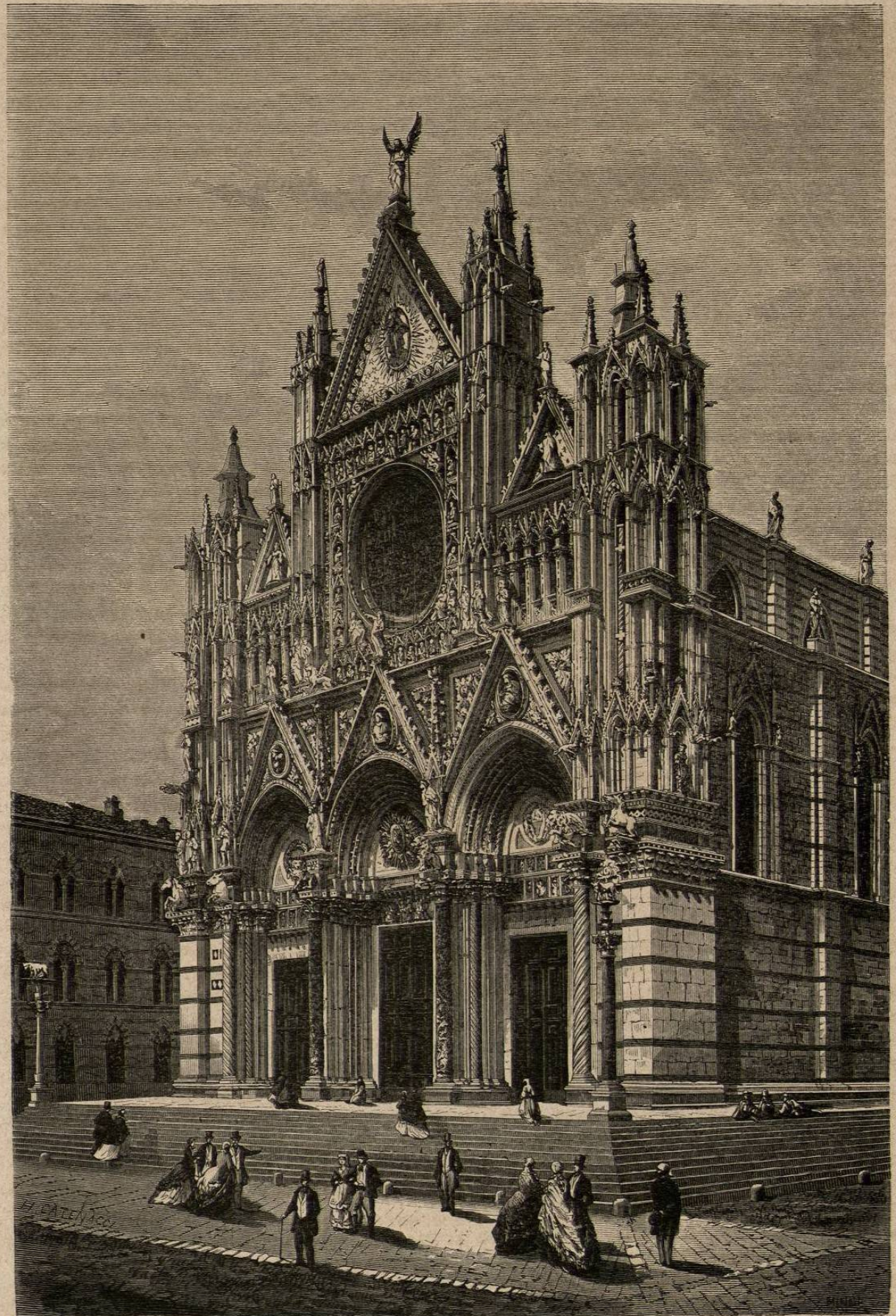
el reto, y trabada la batalla quedó otra vez por ellos la victoria. Provenzani, hecho prisionero, fue decapitado por los vencedores que tuvieron el triste valor de pasear como trofeo su ensangrentada cabeza en una pica. Los güelfos no dieron cuartel tomando la revancha de Monte-Aperti.

Después de esta batalla que terminó la guerra de un modo decisivo, Siena cesó de ser gibelina y Arezzo vino á ser desde entonces el centro de este partido. Pero los fuorusciti no pudieron jamás reponerse de este desastre y la batalla de Campaldino, veinte años, día por día, después de la de Colle acabó de hundir ya para siempre la fortuna de los gibelinos.

este modo vino esta clase triunfante á crearse enemigos en los dos campos opuestos y arrojando en medio de la república la manzana de la discordia, preparaba la ruina de la libertad.

Esta facción que llamaron la *Orden ó Monte dei Nove*, permaneció en el poder setenta años, durante cuyo período se enriqueció mucho la ciudad en el tráfico, aumentó la población y se embelleció con notables monumentos. Entonces, pues, se edificaron el palacio de la república y la torre de Mangia, y se prolongó la catedral sobre el baptisterio. Pero el carácter exclusivo de aquel gobierno haciéndolo cada vez mas odioso, cayó al fin á los esfuerzos combinados del pueblo y de la aristocracia que ocuparon el palacio y compartieron el poder.

Desde este momento histórico empieza una interminable serie de alteraciones en el orden político pasando



Catedral de Siena (exterior.)



el gobierno alternativamente de uno á otro partido. No sería ya fácil seguir el curso de estos efímeros cambios entre las facciones, cuyos nombres sería cansado referir: *Pueblo Nueve, Doce; Quince reformadores, Nobles, Agregados*; hasta la *Contrada del Bruco* vino á ser un partido político y obtuvo á su vez los honores del gobierno. Baste decir que desde el 2 de setiembre de 1368 hasta el 18 de enero de 1369 (cuatro meses y medio) no se cuentan menos de cinco revoluciones.

Este pueblo estenuado por una perpétua anarquía, no podía ya escapar á la dominación extranjera. En efecto, Carlos duque de Calabria había tenido en 1326 el gobierno de la ciudad por cinco años; el emperador Carlos IV, después de haber hecho y deshecho muchas magistraturas dominó también algún tiempo la república. En fin Siena no tuvo vergüenza de aceptar con alegría y sufrir durante tres años la brutal tiranía de aquel Vizconti que se llamó *Conde de Vertu*.

Menos degradación hubiera habido si alguna familia sienesa se hubiera apoderado de las libertades públicas; lo cual habría ocurrido si Pandolfo Petrucci, denominado el *Magnífico*, que dominó en sus últimos años su ciudad natal y que tenía todo lo que era menester para fundar un principado, hubiera dejado hijos que se le parecieran. Pero después de su muerte, el gobierno de la república, que no era ya dirigido por la mano vigorosa del *Magnífico*, no estaba ya en Siena sino en Roma, en el gabinete de Leon X y de Clemente VII.

Los sieneses, llevados acaso por su odio á Florencia, siguieron la fortuna de Carlos V, y no tuvieron, sin embargo, razón en alegrarse de la caída de su rival. El joven príncipe que habitaba en el *Palazzo Vecchio* reflexionaba ya en los medios de hacerse llamar duque de Siena.

La dominación española no tardó en hacerse insostenible. Don Diego de Mendoza, no contento con mezclarse en los negocios, desarmó á los sieneses y emprendió la construcción de una fortaleza para dominarlos. Esto bastó para disgustarse para siempre los sieneses con los españoles y para echarlos en brazos de la Francia.

Aprovechando la ausencia de Mendoza, Eneas Piccolomini, joven lleno de valor y entusiasta por la libertad, penetró en Siena con algunas fuerzas reclutadas en el campo, hizo amotinarse al pueblo y obligó á los españoles á encerrarse en la fortaleza. No recibiendo auxilios, la guarnición capituló y salió de la ciudad. El mismo día (27 de julio de 1552) los sieneses arrasaron el fuerte que tanto los molestaba. Pero en cuanto á la libertad, no había que pensar en ella. Ya no se trataba más que de saber quien quedaría en definitiva por amo, el emperador ó el rey de

Francia, ó aquel Cosme de Médicis que, mirando ya su presa, se preparaba á recoger los beneficios de la lucha de los dos rivales. Esperando así, el 11 de agosto del mismo año, los franceses ocuparon la ciudad que vino á ser su ciudadela en la Italia Central.

El 1.º de enero de 1554 llegaba á la ciudad, enviado por Enrique II. Piero Strozzi bravo soldado y jefe de la emigración florentina, seguido de un gran número de compañeros de destierro, que venían á combatir por Florencia bajo los muros de Siena (1). Cosme de Médicis que no veía sin terror aquella peligrosa vecindad, reunió su gente con el mayor secreto y la noche del 28 de enero intentó sorprender la ciudad. El marqués de Marignan, que dirigía aquella empresa nocturna, pudo apoderarse de un fuerte separado que defendía la puerta *Camollia*.

Entonces comenzó una guerra que duró quince meses y que cierra tan heroicamente la historia de la ciudad. Diríase que en aquellos últimos y terribles días de la república resucitaron todo el valor y perseverancia de los antiguos sieneses.

Después de algunos afortunados encuentros, la batalla de *Scannagallo* (2 agosto 1554) perdida por Piero Strozzi, á pesar de su desesperado valor, trajo la guerra á las puertas de la ciudad. El hambre vino á aumentar las miserias de los sitiados y los obligó á rendirse el 17 de abril 1555.

La conducta de los sieneses durante el sitio fue admirable. Nunca se sufrió con más constancia una miseria tan horrible. Sin hablar de las crueldades cometidas por aquel monstruo, llamado marqués de Marignan, bastará decir que la población que contaba treinta mil almas al principio de la guerra, al cabo de quince meses quedó reducida á diez mil: el resto había muerto de hambre ó en las murallas. Los campos, adonde el hombre había llevado más de cincuenta mil personas, quedaron por mucho tiempo despoblados é incultos.

Una cláusula de la rendición garantizaba la conservación del gobierno popular. No hay necesidad de añadir que no se hizo nada de esto. Muy luego después de la capitulación, aquellos sieneses que podían aun combatir abandonaron la ciudad y llevando consigo sus mujeres é hijos, fueron á levantar el estandarte de la república sobre las rocas de Montalcino. Allí acuñaron moneda con el nombre de Siena y Enrique II; y solos, aislados resistieron todavía cuatro años el poder del imperio y las asechanzas de los Médicis. Era la última estrella de nuestro cielo italiano que se

(1) Enrique II les había entregado veinte banderas verdes en las que se leía este verso del Dante:

*Libertà vo cercando ch'è sì cara.*

Buscando voy la libertad tan cara. Libertad ¡ay! que no habían de encontrar.

estinguía á su vez, después de haber brillado un instante.

El 3 de julio de 1557, Felipe II, el Tiberio de España infeudaba la ciudad de Siena en favor del Tiberio de Florencia Cosme de Médicis.

### III.

Posición y aspecto general de la ciudad.—Muros y puertas.—Población.—La catedral.—La fachada.—El pavimento de Beccafumi.—La madona de 1260.—La madona de Duccio di Buoninsegna.—El coro.—El altar mayor y el tabernáculo del Vecchieta.—Francesco di Giorgio.—El púlpito de Nicola Pisano.—La capilla de San Juan.—Esculturas de Tino di Camaino, de Donatello y de Miguel Ángel.—La librería.—Los papas Piccolomini.—El arzobispo Piccolomini y Galileo.

El ferro-carril de Florencia á Siena termina en una de esas bellas colinas, que, destacándose de las del Chianti, corren de Noroeste á Sureste.

Al salir de la estación, el viajero no tiene más que levantar los ojos hácia los muros de Siena que se alza ante él, en forma escalonada á una altura media de 316 metros sobre el nivel del mar.

Situada en el centro de la Toscana al Sur de Florencia, sobre una colina predominante, Siena alcanza un vasto paisaje. Para abarcar bien el conjunto de tan bello panorama hay que subir á una de las torres de la ciudad, á la del Mangia, por ejemplo.

¡Qué vista tan admirable se desenvuelve entonces hasta lo infinito! Colinas y valles rodean la ciudad: la vista se extiende libremente al Noreste hasta los montes del Chianti, tan célebres por sus vinos. Estos altos pisos dentados que se distinguen en el horizonte hácia el Norte son las montañas de Modenais. Al Noroeste se alza el *Monte-Maggio* cubierto de bosque; la cadena de colinas que se prolonga al Suroeste se llama la *Montagnola sienese*; la montaña que se divisa al Sur, masa imponente y regular es el *Monte Amiata*, ó *Santa-Fiora*; la más alta y sobre todo la más rica de las montañas de la provincia y que da entre otros muchos productos, la célebre *tierra de sombra* ó de Siena, de que se da anualmente al comercio cerca de 300,000 kilómetros.

Si echamos luego una mirada sobre la ciudad que se despliega á nuestros pies, observaremos que se compone principalmente de tres largas calles que corren sobre la cima de otras tantas colinas y terminan al pie de la torre, á esa gran conca de la *Piazza del Campo*, punto central de la ciudad.

Vista desde esta altura, Siena tiene la forma de una estrella.

La ciudad ha sido limitada por diferentes circunvalaciones sucesivas. El perímetro inmediatamente anterior al de hoy día, ha debido ser triangular, pues en una crónica de 1233 se dice que en este año embistieron la ciudad por sus tres lados.

Los muros actuales que datan de la primera mitad del siglo XIII, suben hasta la cresta de las colinas para bajar en seguida casi perpendicularmente hasta el fondo del valle, formando así una cintura de unos 6 kilómetros y 2 tercios, sin duda demasiado ancha hoy, pero no en 1260, cuando Siena, rica por su comercio y su numerosa población, llenaba tan vasto espacio con sus torres y palacios. Ahora una sola ojeada sobre los campos de trigo y olivares que cubren, (siempre en el círculo de las murallas), los flancos de las colinas y de la llanura, ayudará mejor que todas las cifras estadísticas, á hacer comprender cuánto ha decaído de su antiguo esplendor esta altiva y elegante ciudad.

El perímetro actual que solo cuenta ocho puertas tenía treinta y ocho en 1260. Después de la batalla de Monte-Aperti, la república, para precaverse contra toda sorpresa, hizo tapiar todas las que no eran necesarias.

De las ocho puertas que restan, algunas están situadas sobre alturas, principalmente la *Porta Camollia*, la *Porta Romana* y la de San Marcos que están en las estremidades de las tres principales arterias de que hemos hablado. Las otras, sobre todo las puertas *Ovile* y *Fonte Branda*, se abren al contrario en valles profundamente encajonados que pudiéramos llamar barrancos.

Las más antiguas de estas puertas son notables por su arquitectura y están protegidas por unas torres cuadradas y almenadas que se proyectan al exterior del muro y defienden su entrada.

La más antigua de todas es la *Porta á Pispini* ó de *San Vieni*, por la cual los sieneses y los gibelinos de Florencia salieron en 1260 para ir á la batalla de *Monte-Aperti*. La torre que defiende la puerta es mucho más moderna, pues fue edificada en 1326.

Dos siglos después *el Sodoma* pintó en ella un fresco representando la Natividad. Admirase sobre todo en la bóveda la figura de un ángel, pintado con gran verdad.

La *Porta Romana* que se llamaba antes *Porta Nuova* fue trazada por *Agnolo di Ventura* y *Agostino di Giovanni*, arquitectos de la torre del *Mangia*. Esta puerta está también decorada con un fresco maravilloso, debido al pincel de *Sano di Pietro* y representando la coronación de la Virgen; pintura que le valió á título de honor el sobre nombre de *Sano della Porta Nuova*.

Si queremos visitar luego los monumentos más notables de la ciudad, debemos comenzar por la catedral que corona del modo más pintoresco una de las alturas de Sena. Pero antes de entrar en ella, es preciso recordar sumariamente la historia de este monumento, que reclamó el concurso de tantos artistas y el trabajo de muchos siglos para llegar á su perfección.